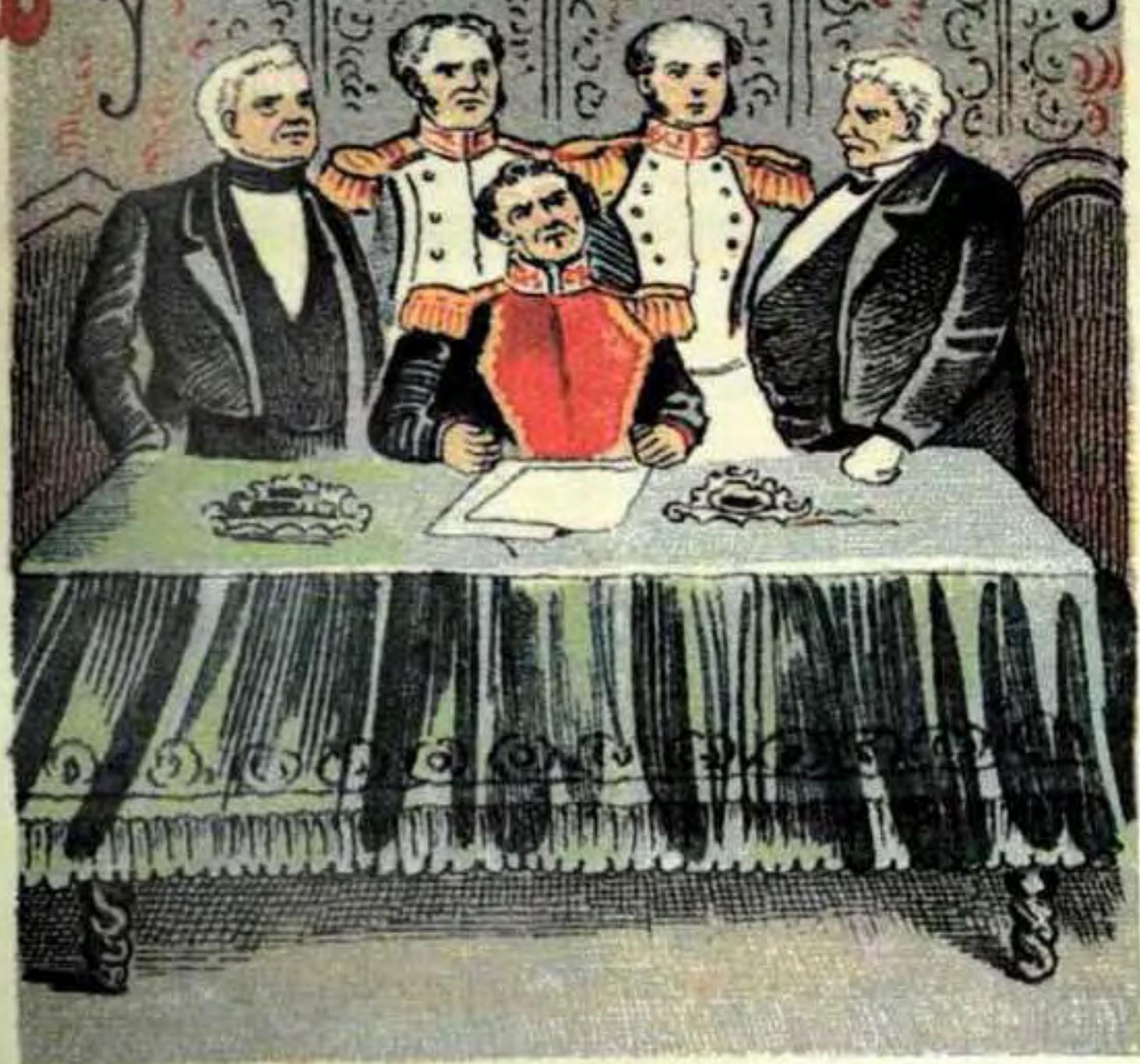


BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL TRIUNFO DEL COLOSO

Y LOS TRATADOS DE PAZ



MAUCCI H^{OS} MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

ULTIMA SERIE — EPOCA MODERNA

EL TRIUNFO DEL COLOSO

y

LOS TRATADOS DE PAZ

POR

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—Primera del Relox, 1

1900

Propiedad exclusiva de los señores Maucci Hermanos.



El triunfo del coloso

¡Triunfaron las colosales armas de la Fuerza, armas que esgrimió la Ambición contra el débil!... En vano los patriotas lucharon hasta morir en los sangrientos combates de Charubusco y Chapultepec, cubriendo de gloria á tantos héroes!... ¡Todo en vano!... ¡El dios de los Ejércitos quiso probar el temple de lo que apenas veían grupos aislados de buenos mexicanos!... ¡Y vino la siniestra catástrofe!

¡Oh días de luto de la patria, no volváis nunca... Sumergíos en la Noche del Pasado!



...Después de los sangrientos combates que os he narrado en que el valor del soldado mexicano causó la admiración del enemigo, después de esas batallas legendarias que formarán perpetua y eternamente un timbre de gloria para los valientes hijos de Anahuac, íbamos á sufrir la última de las humillaciones; fueron vanos los esfuerzos é inútil la decisión de nuestras fuerzas mostradas en los campos de batalla, el ejemplo de los niños-héroes que, como leones, se batieron en Chapultepec, fué causa de noble admiración, pero no pudo fructificar, ya no era tiempo, el general norteamericano Winfield Scott, al frente de ocho mil hombres llenos de confianza en sus jefes por las victorias alcanzadas, provistos de todos los ele-

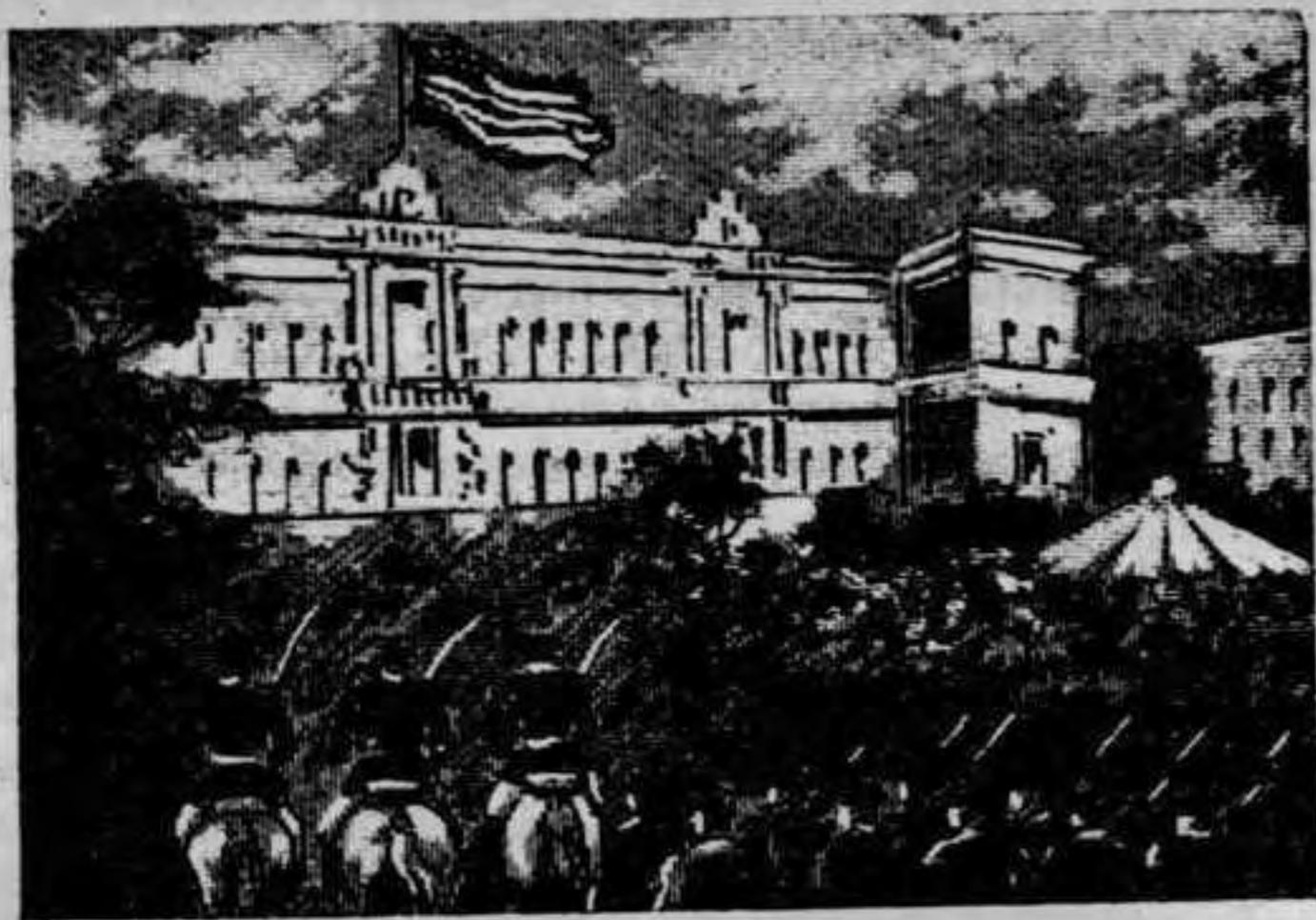
mentos de guerra y de una numerosa artillería de sitio, avanzó sobre la capital.

En vano el general D. Antonio López de Santa-Ana, reconociendo su error, y ahogando en su pecho las malas pasiones que lo animaban y que eran la causa principal de tantos desastres, en vano ese hombre ambicioso y funesto pretendió defender la plaza de México, el soldado mexicano estaba desmoralizado, sus mayores y más valientes jefes habían muerto ó se encontraban prisioneros ó heridos... la confianza se había perdido... y la defensa era imposible...

Para colmo de males el enemigo invasor y victorioso iba á hollar el suelo de la Capital en una fecha gloriosa; sí, amiguitos míos, como si la fatalidad así lo hubiese dispuesto para que nuestra humillación fuera más grande y la pérdida más sensible el día 15 de Septiembre, en esa fecha tan gloriosa para México, el ejército norte-americano entraba triunfante en la Capital y al día siguiente el pabellón de las estrellas ondeaba en el antiguo palacio nacional, en lugar de nuestra veneranda enseña de las tres garantías... de nuestra querida bandera tricolor...

La defensa de las garitas fué activísima, valiente, no parecía sino que el general Santa-Ana pretendía borrar con ella el baldón que en toda la

campaña había arrojado sobre un nombre, pero fué, como antes os dije, desgraciadamente inútil.



El día 16 de Septiembre entregó el general don Antonio López de Santa-Ana el mando supremo

al Sr. Licenciado D. Manuel de la Peña y Peña, que era el Presidente de la Suprema Corte de Justicia, retirándose al extranjero.



Ocupada la Capital por las fuerzas invasoras, el gobierno Mexicano, falto de toda clase de elementos para seguir resistiendo, se retiró a Querétaro.

Al verificarse estos acontecimientos, el país, aunque sin dirección fija y careciendo de toda clase de organización, siguió combatiendo por sí mismo contra los enemigos.

En distintos lugares y puntos de la República se dieron sangrientos combates en los que muchas veces fueron derrotadas las fuerzas norteamericanas.

Pero al fin siendo ya imposible la resistencia, se reunió en la histórica y legendaria ciudad de Querétaro un Congreso que debía decidir de los destinos del país.

Este Congreso nombró Presidente interino de la República al general D. Pedro María Anaya, patriota inmaculado que, como un héroe, se había batido en diferentes encuentros contra los invasores, según os lo he referido en mis anteriores narraciones y se entablaron entonces las negociaciones de paz.

El gobierno norte-americano nombró para que lo representase en ellas á Mr. Nicolás P. Trist, con el carácter de ministro plenipotenciario; representando á nuestro gobierno los señores D. Miguel Aristain, D. Bernardo Conto y D. Luis Gonzaga y Cuevas.

Las pretensiones del Gobierno vencedor aparecieron inauditas y exageradas.

*
* *

La causa de la guerra se olvidó por completo: ésta, como lo recordaréis, había sido el que México se negó á reconocer la independendencia de Texas, parte integrante de su territorio, y su agregación, en calidad de Estado de la Federación Norte americana; pues bien, ahora usando del brutal dere-

cho de la fuerza, viéndonos vencidos, faltos de toda clase de elementos, desmoralizado el país por las discordias intestinas y por los odios tradicionales de partido, pretendía el vencedor el reconocimiento de la independencia de Texas y su agregación á los Estados Unidos y la cesión por parte de México, además de esa inmensa extensión de nuestro territorio de la alta California, Arizona y Nuevo México, es decir, más de cien mil leguas cuadradas, más de la mitad de la República, dándonos en cambio una indemnización de quince millones de pesos y comprometiéndose el Gobierno de los Estados Unidos á resguardar nuestra frontera norte, de las incursiones de los bárbaros que él había fomentado hasta entonces para tener un pretexto más contra nosotros; para declararnos una guerra injusta expoliadora.

* * *

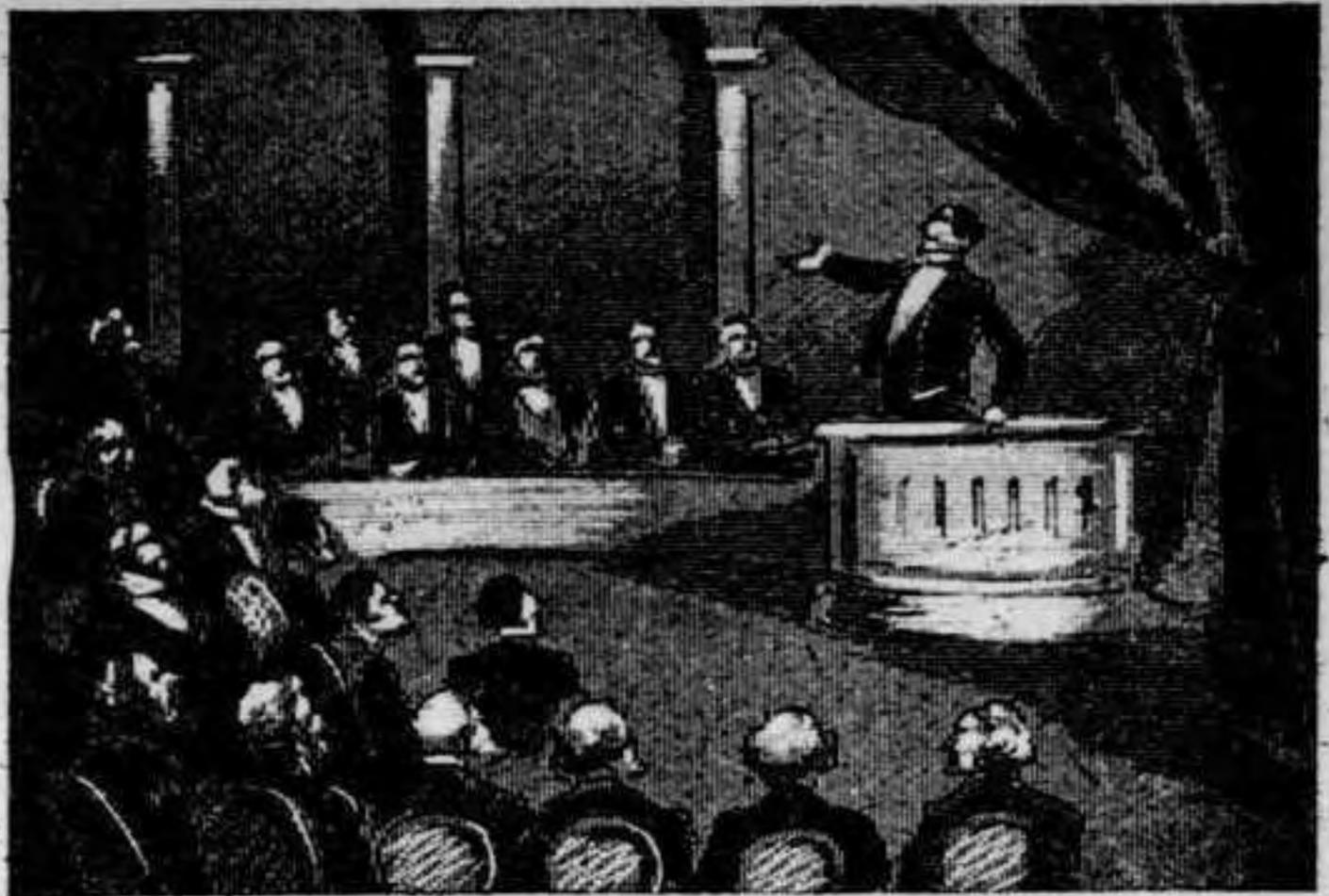
Fué tan grande la indignación que entre los miembros del Congreso reunido en la ciudad de

Querétaro se despertó en vista de tales proposiciones y de tamañas exigencias, que muchos de ellos opinaron porque debíamos rechazarlas y continuar la guerra.

Apoyaron fuertemente esta opinión pronunciando en pro de ella vehementísimos discursos, impregnados de sublimidad y de amor patrio, los diputados Ponciano Arriaga, que más tarde debía figurar dignamente en el Congreso Constituyente, D. Manuel Doblado y D. José María Cuevas, que casi exánime se hizo conducir de su lecho á la tribuna, para tomar parte en los debates, pronunciando elocuentísimos discursos que honrarán eternamente su memoria y lo presentan como patriota inmortal...

Figuraron en el partido de la paz los señores Pedraza, Lacunza, Lafragua, Payno y otros que á los vehementes arranques del partido contrario oponían el cuadro tristísimo, desgarrador de la nación, falta por completo de recursos para continuar la lucha contra el coloso norteamericano, contra esa República formidable, llena de todos

los elementos de guerra, hombres, armamentos, dinero y unión...



Triunfó al fin después de reñidas discusiones el partido de la paz y con dolor de todos los bue-

nos mexicanos, se ratificaron los tratados el 30 de Mayo de 1848 en la Villa de Guadalupe Hidalgo; las fuerzas norte-americanas comenzaron á desocupar lentamente el territorio nacional y el señor Licenciado D. Manuel de la Peña y Peña que en tan difíciles circunstancias había ejercido el mando supremo, demostrando su acrisolado patriotismo y gran entereza y abnegación entregó el poder al Sr. General D. José Joaquín de Herrera, electo para terminar el periodo constitucional hasta el año de 1851.



Nuestra patria, lectorcitos míos, perdió á consecuencia de la funesta guerra de 1847 casi la mitad de su territorio, á los Estados Unidos les costó tan injusta adquisición cerca de treinta mil hombres muertos en los campos de batalla, la cantidad de doscientos diez millones de pesos. siendo además el territorio adquirido que ensan-

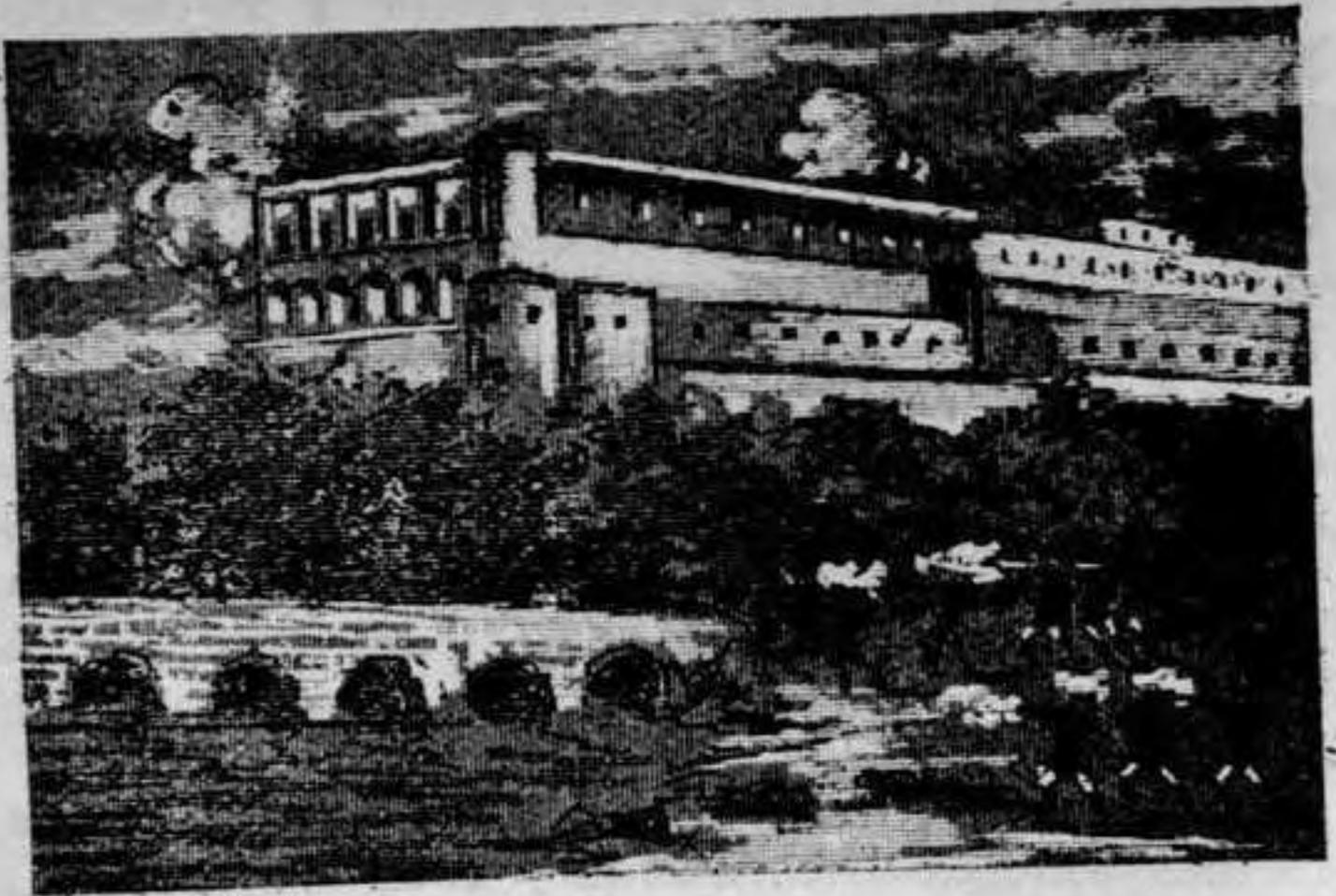
chó considerablemente la parte Sur de aquella República la causa directa de la famosa guerra separatista que se verificó en esa nación en los años de 1861 á 1865 y que les costó torrentes de sangre y pérdidas inmensas...

Al llegar á este punto de la historia de nuestra patria, que me he propuesto referiros sencillamente en estas desafinadas narraciones, la pluma se cae de las manos resistiéndose á trazar cuadros tan dolorosos, situación tan angustiosa y triste el corazón destila amargura hondamente herido en la afección mas sacrosanta el amor patrio.

Conviene detenernos un momento para que saquéis de estas narraciones el provecho que yo deseo, echando una ojeada retrospectiva para que veáis con entera claridad las causas que influyeron de una manera terminante para que México llegase al triste estado en que se encontró el año funesto de 1848.

Cuando el 27 de Septiembre de 1821 después de once años de encarnizada y sangrienta lucha, logró México, gracias á los esfuerzos de sus hijos consumir su independencia y sacudir por completo el yugo que durante trescientos años había

pesado tiránico sobre nosotros, una crasa ignorancia dominaba en toda la extensión del país debido



al sistema vicioso de educación que con la colonia habían empleado los dominadores.

Los destinos de la patria cayeron desde un principio en manos de hombres ambiciosos que, atentos solo á satisfacer su interés personal, no vacilaron en desencadenar sobre la República el azote de la guerra civil.

Ya habéis visto que nuestra historia, á partir de la consumación de la independencia, hasta llegar á la época en que nos encontramos, no es sino una cadena no interrumpida de pronunciamientos, guerras intestinas, que no reconocen otra causa que los odios de partido sumamente arraigados y el deseo de los principales jefes de apoderarse del mando supremo.

Este periodo está perfectamente caracterizado, personificado por el general D. Antonio López de Santa-Ana.

La nación se debilitó muchísimo con las constantes guerras, no pudo desarrollar sus grandes elementos de riqueza por la falta de orden y de un gobierno estable, y en estas circunstancias tan críticas y difíciles se encontró frente á frente de una nación fuerte, rica y que con cualquier pretexto ambicionaba y había resuelto despojarla de parte de su territorio.

El resultado no se hizo esperar, y como habéis visto en la primera oportunidad y violando los más rudimentarios principios del derecho inter-

nacional, de la equidad y de la justicia, estalló guerra fatal...

Los prodigios de heroísmo, abnegación y valor fueron inútiles, infructuosos...

Ya conocéis el epílogo tristísimo de la invasión norte-americana, la humillación de México y la pérdida de la mitad del territorio...

Y como si estuviéramos obcecados, ciegos; como si nuestros ojos estuvieran cubiertos por una venda fatal, tan triste ejemplo no produjo resultado alguno y largos días de luto esperaban á la patria...

FIN